



Enrique Millán, Adolescencia. Sexualidad, sexualidades.

En el Poema de Parménides se escribe una concepción del ser que consiste en lo siguiente: el ser no fue, ni será, nunca empezó, es todo (πάν), es uno (έν), es continuo (συνέχεια)¹. Esta concepción del ser se complementa en el mismo poema con la imagen de la esfera. Así como en ésta todos los puntos son equidistantes del centro, cada una de los puntos del ser lo contiene plenamente, ningún punto del ser tiene más ser que cualquiera de los otros

Se entiende así que lo que es, lo fue siempre de tal manera que nunca se comenzó a ser algo, a lo sumo el sujeto, hubo un momento, en que comenzó a saber que ya lo era, no que comenzó a serlo.

Esta posición permaneció a pesar de todas las versiones posteriores del ser, aún en la antigua Grecia. Ni el τό τί έν είναι (lo que estaba por ser, lo que casi era, o en todo caso lo "¿qué era el ser?" como pregunta) de Aristóteles, ni el έξάφνησ , el instante, que encuentra Lacan en la Física de Aristóteles² y también en el diálogo Parménides de Platón³ (es decir que lo poco que hay de ser se juega en la fulguración del instante), impidieron que la versión permenidea del ser permaneciera incólume hasta nuestros días.

Constituye un lugar común afirmar que el imaginario cotidiano actual está inmerso en las reflexiones filosóficas griegas. Así es que se sigue pensando, al modo aristotélico, que conocer es conocer las causas y fundamentalmente, la causa final. En el decir cotidiano de nuestros pacientes la ilusión de que si se sabe la causa de algo, insisto especialmente la final, se entiende ese algo, tiene actualidad palpitante. "Solo quiero saber por qué me lo dijo" es una frase común. ¿Quiere saber por qué creyó decírselo? ¿Cree que si entiende por qué se lo dijo le va a servir de algo? Pareciera que sí. Aunque, en ocasiones, la cuestión no se detiene ahí. No se trata de saber por qué "creyó decirlo" sino por qué

¹ Parménides. *Poema*. 296.

² Aristóteles. *Física*. *Libro 4*. 222.

³ Platón. *Parménides*. 156 d.

“en el fondo” lo dijo, en verdad, más allá de lo que el otro creyó decir. Sabemos que el origen de esta manera de pensar está claramente escrita por Aristóteles y es una posición sobre las relaciones entre el conocer y la causa, como podría haber otras. Sin embargo, al constituir un imaginario común, se vive como natural, como una obviedad.

Según señala Lacan, nuestra cultura no está solo constituida por los libros que leímos, sino también por los significantes que tenemos escritos en el cuerpo sin saberlo. Sería necesario un gesto parecido al que hacen los perros cuando se mojaron para poder sacárnoslos de encima.

Así como ocurre con la teoría aristotélica de la causa, ocurre con la teoría del ser en Parménides.

Por ejemplo: es posible tener fantasías homosexuales, actos homosexuales, amores homosexuales, etc. Pero cuando se dice “soy homosexual”, la cuestión cambia radicalmente. Toda la primera serie de hechos tienen directamente que ver con el cuerpo, con el deseo, con la pulsión, con el amor. El “ser”, sin embargo, no tiene nada que ver ni con el cuerpo, ni con el deseo ni con el amor. Constituye una aserción que es solo sostenida por la versión del ser que esté en juego en la enunciación. O bien, no quiere decir nada. Es fuente de minorías, de discriminación y de padecimiento y la significación se desliza infinitamente. ¿Qué quiere decir “ser” homosexual? ¿Tener relaciones homosexuales? No, porque alguien puede afirmar que es homosexual y tener, a su vez, inhibiciones y no haber tenido nunca relaciones sexuales con nadie. ¿Quiere decir tener fantasías solo con personas del mismo sexo? ¿Quién podría semejante milagro? ¿Adoptar una cierta gestualidad, una manera de vestirse, tener una sensibilidad especial? En realidad, las respuestas para las preguntas por el ser son siempre insuficientes. Pero, cuánto más insuficientes, más lo hacen consistir.

La heterosexualidad como ser, una idea tardía en nuestra cultura, está en crisis. Por eso es que la homosexualidad, también como ser, solo permite consolidar a la primera. Como esos dos casilleros no alcanzaban para agotar todas las posibilidades, la pasión de ser inventó la bisexualidad como ser. La idea consiste en que todo se pueda encasillar. Obviamente nada más lejano a la idea freudiana de bisexualidad.

Ahora bien, sabemos que los adolescentes, en el momento de sus vidas en que se torna posible el acceso al coito, tienden a formular teorías generales acerca de lo que es un hombre, lo que es una mujer, lo que es el amor, la pareja etc. Apelan a aserciones universales, prosdiorismos, teorías que tienen como objetivo fundamental ordenar para la conciencia, algo de lo confuso de la sexualidad y el amor. Estas teorías parecieran ser necesarias para construir una escena consciente que permita abordar la escena sexual con cierto imaginario estable, mientras que se construye la escena correspondiente

fantasmática, inconsciente. Las pulsiones, el deseo, la vida misma, se encargan, con posterioridad, de relativizar, cuestionar y, en el mejor de los casos, hacer caer estas especulaciones.

Este último fenómeno se confronta, en nuestra cultura, con los modos del ser descritos en los primeros párrafos. Situación que genera enormes sufrimientos y conclusiones equivocadas. Así cualquier moción, deseo, interés y hasta sensaciones que un sujeto pueda tener con personas de su mismo género, pueden ser tomadas como signo de que se es homosexual. Lo cual puede generar que el sujeto las evite, las reprima, impidiendo así el despliegue y el desarrollo de sus mociones homosexuales. O bien las tome como “prueba” de que “es” homosexual. Se escuchan expresiones tales como “por fin asumí que es homosexual”, o por fin salí del placard. Cuando el verdadero placard del que no se puede salir es el placard del ser.

Tanto en “La feminidad” como en “Sobre la sexualidad femenina”, Freud se encarga de subrayar la importancia de la relación de la niña con la madre, apelando en distintas circunstancias a esa hermosa imagen de la cultura cretomicénica que aparece por detrás de la cultura griega, como detrás de la relación con el padre aparece, en los análisis esa enorme extensión de la relación con la madre.

En “Análisis terminable e interminable” Freud incluye la idea de “aspiración a la masculinidad”. La masculinidad no sería, entonces más que una aspiración, por eso tendría siempre algo de mostración, de parada, de ostentación. Y se trataría de una aspiración en la medida en que estaría encubriendo una tendencia pasiva hacia otro hombre. La masculinidad consistiría entonces en un despliegue realizado para que no se note esa tendencia. En Lacan está claramente explicitado en el seminario de “La angustia”, cuando intentando describir un lugar del vacío incluye la idea de una vasija cuyos bordes lo limitarían. Agrega que, en el caso del hombre, si esa vasija fuera el cuerpo de una mujer, con sus misterios, en el fondo encontraría otro pene que el suyo. Lo cual sugiere la importancia de llegar al coito fantaseado con el padre en el caso del varón. Si seguimos el camino freudiano, el análisis de un varón no estaría terminado si no se trabaja el coito fantaseado con el padre o con algún mayor en la infancia. Así la secuencia consistiría en el pasaje del pedido de un pene a su desplazamiento metafórico al pedido de significantes, ideales, emblemas y luego a la exogamia, como la posibilidad de ubicarse en una secuencia en relación a algún maestro.

No olvidemos que ya para los griegos la lectura se asimilaba explícitamente al coito en la medida en que el lector, en posición pasiva, recibía las letras del texto sometándose al autor. Por eso los ciudadanos libres tenían que tener lecturas, pero pocas, porque si leían demasiado dejaban de ser libres.

La clínica nos enseña que tanto la otra mujer para las mujeres, como el otro pene para los hombres, resultan fundamentales en el curso de una cura y que si no se atraviesa por estos lugares, con sus complicaciones y contradicciones, un análisis no puede darse por terminado. También sabemos de los padecimientos que supone no atravesar estos puntos, puesto que se abren las puertas hacia la celotipia y la paranoia. Ya estuvo suficientemente aclarada por Freud la relación de estos dos fenómenos con la homosexualidad.

En lo referente al amor resulta sumamente interesante el comentario de Lou Andreas Salomé en “Aprendiendo con Freud” cuando dice que el amor heterosexual lleva necesariamente a la homosexualidad, porque es imposible enamorarse sin identificarse con el partenaire.

Lo mismo ocurre con la masturbación ya que ningún hombre que se haya masturbado puede afirmar que no ha tenido un pene entre sus manos ni una mujer en el mismo trance puede afirmar que no sabe qué hacer con un clítoris o una vulva. En ambos casos se sabe muy bien qué hacer en materia de ritmos, oportunidad, frecuencias y fantasías que gustan al portador o portadora de esos fenómenos.

De aquí resultan dos conclusiones: la primera es la importancia que tiene la posibilidad de que un adolescente despliegue su homosexualidad en relación a su sexualidad, a su sintomatología y a sus padecimientos. La segunda consiste en la importancia que tiene que su analista haya atravesado estas cuestiones en su propio análisis.

Freud, en “Metamorfosis de la pubertad” y Lacan específicamente en el Libro 14 de su seminario “La lógica del fantasma”, proveen los elementos para la construcción de una teoría acerca del coito. Se trataría entonces de la repetición de la escena primaria con un cambio de ubicación del sujeto, que pasaría del lugar del exceso, del producto, al lugar del agente; y un cambio del lugar del resto, del objeto, del lugar que ocupaba el sujeto al lugar del hijo. En el que se pone en juego el cuerpo y la relación al tiempo y a la muerte.

Aclarado que fue lo referente a la sexualidad debemos referirnos a las alternativas del amor. Hablemos pues, de amor. El amor supone una retórica, genera un vacío en el que se puede producir una escritura en común con un solo narrador y dos sujetos. Por eso los amantes establecen cronologías, secuencias, fechas, cantidades de veces. Dame mil besos y luego cien, y luego otros mil y luego mezclémoslos para que los envidiosos no sepan cuántos fueron, dice un Catulo enamorado. Pero es cierto que el encuentro amoroso es contingente, por eso es necesario que el discurso del amor hable de eternidades.

Poner en juego el cuerpo en un coito, con todo lo que significa e incluirse en una historia de amor, ambas cosas por primera vez, constituye el desafío de la adolescencia y la

define cualitativa y no cronológicamente.

Nadie como Vinicius de Moraes define mejor este desafío cuando escribe en su poema "Soneto de fidelidad":

"Así cuando después venga y me busque
Tal vez la muerte, angustia del que vive,
Tal vez la soledad, fin del que ama.

Pueda decirme del amor que tuve:
Que no sea inmortal, puesto que es llama.,
Pero que sea infinito, mientras dure"⁴.

No debemos olvidar, como nos enseña Freud en "Contribución al simposio sobre el suicidio", que trabajamos con personas inmaduras "que tienen el derecho a detenerse".

Enrique G Millán.-

⁴ De Moraes, Vinicius. *Antología Poética*. Soneto de fidelidad (p. 102). Buenos Aires: Ediciones de la flor, 1969.

BIBLIOGRAFIA

Andreas Salomé, Lou. *Aprendiendo con Freud. Diario de un año 1912-1913*. Apartado: bisexualidad, curso 13. Barcelona: Ed. Laertes, 1977.

Aristóteles. *Física. Libro 4*. 222.

Catulo, Cayo Valerio. *Liber Catullus Veronencis*. Carmen V.

De Moraes, Vinicius. *Antología Poética*. Soneto de fidelidad (p. 102). Buenos Aires: Ediciones de la flor, 1969.

Freud, Sigmund. (1905) *Tres ensayos de una teoría sexual*. Punto 3: Metamorfosis de la pubertad. En *Obras completas*, Vol. I (p. 805) Madrid: Ed. Biblioteca nueva, 1968.

Freud, Sigmund. (1905-1937) *Obras inéditas de los años 1905-1937*. Contribución al simposio sobre el suicidio. En *Obras completas*, Vol. III (p. 469) Madrid: Ed. Biblioteca nueva, 1968.

Freud, Sigmund. (1905-1937) *Obras inéditas de los años 1905 a 1937*. Sobre la sexualidad femenina. En *Obras completas*, Vol. III (p. 518) Madrid: Ed. Biblioteca nueva, 1968.

Freud, Sigmund (1932) *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*. La feminidad. En *Obras completas*, Vol. II (p. 931) Madrid: Ed. Biblioteca nueva, 1968.

Lacan, Jacques. (1966-7) *El seminario. Libro 14: La lógica del fantasma*.

Parménides. *Poema*. 296.

Platón. *Parménides*. 156 d.